

# LOS ORIGENES SOCIOCULTURALES DEL HOMBRE MODERNO

## I

### PLANTEAMIENTO

El 30 de julio de 1932 escribía Einstein (1) a Freud: «Querido profesor Freud: La proposición de la Liga de las Naciones de París para que invite a una persona elegida por mí para tener un intercambio de puntos de vista, me proporciona la muy agradable oportunidad de tratar con usted un problema que me parece el más acuciador de todos los problemas: ¿existe algún medio de librar a la Humanidad de la amenaza de la guerra?». Cuando le llegó a Einstein la respuesta desde Viena, en septiembre de 1932, ésta no pudo ser más pesimista: No es posible suprimir la agresividad instintiva del ser humano. La guerra es un fenómeno vital inevitable, a menos que los hombres descubran el modo de desviar ese instinto hacia otros caminos menos destructivos. Ya desde fines del siglo pasado, algunos autores, como Nietzsche, denunciaron la visión ingenuamente optimista del hombre-ser nacional. Pero entre todos ellos destaca Freud. Sin embargo, el error genial (2) fue aceptar la división tradicional entre el individuo y la sociedad. El hombre es, según él, fundamentalmente antisocial. La sociedad debe civilizarle controlando sus impulsos instintivos. Esos impulsos controlados «se subliman», se convierten en la base de la cultura, del comportamiento civilizado: el individuo humano aparece desde el principio plenamente equipado con un conjunto de tendencias biológicamente dadas, que necesitan ser satisfechas. Para ello entra en relación con otros individuos. En contra de esta opinión de Freud una serie

---

(1) Citado por W. EBENSTEIN: *Los grandes pensadores políticos*, traducción española, Madrid, 1965, página 1044.

(2) De entre la inmensa bibliografía sobre este autor señalamos, a título de ejemplo, las páginas 1025 y sigs. de la obra de W. EBENSTEIN citada en la nota 1. Véase también «Sociología y psicoanálisis», por R. BASTIDE, págs. 477 y sigs., del *Tratado de Sociología*, dirigido por G. GURVITCH, tomo II, trad. esp., Buenos Aires, 1963. Sobre la evolución de las doctrinas de FREUD puede consultarse K. HORNEY: *El nuevo psicoanálisis*, trad. esp., Méjico, 1960, 3.<sup>a</sup> edición.

de autores (representantes del «nuevo psicoanálisis» y de la «psicología social» como Erich Fromm) (3) parten del supuesto de que la relación entre el individuo y la sociedad no es estática; no es como si tuviésemos en una mano al individuo dotado de un haz de instintos definitivos y, en la otra, a la sociedad como algo separado de él y que satisface o frustra aquellos instintos innatos. La realidad es que hay una serie de tendencias que la sociedad infunde en el individuo. Ahora bien, si la sociedad hace al hombre, también el hombre hace a la sociedad, es decir, las tendencias, los deseos, los «ideales» son el resultado del proceso social, es cierto, pero también las energías del hombre (desatadas así por influencia de la sociedad) se convierten en fuerzas productivas que modelan e impulsan a la misma sociedad. ¿Qué es lo que mueve al hombre a adaptarse a un tipo de sociedad? Para responder a este interrogante recordemos la distinción entre dos clases de tendencias de la naturaleza humana: 1) Aquellos rasgos del carácter por los que unos hombres se diferencian de otros (el amor, el odio, el temor, la austeridad, el ansia de poder o de sumisión, etc.), se desarrollan en el hombre por obra de la sociedad, del medio social en que vive. Ninguna de estas tendencias está fijada como si fuese una parte innata de la naturaleza humana; y 2) Hay otras necesidades, los instintos biológicos, que precisan satisfacción en toda circunstancia (como el hambre, la sed, etc.). ¿Cómo se establece la relación entre estas necesidades y las tendencias anteriores? Para satisfacer las necesidades biológicas el hombre precisa realizar un trabajo específico en un sistema económico específico (como siervo en un sistema feudal, como negociante en una sociedad capitalista, etc.). El hombre debe trabajar bajo las condiciones específicas de la clase de sociedad en que ha nacido: el sistema social es el factor que desarrolla aquellas tendencias indicadas que esculpen su carácter. Su personalidad es moldeada por su peculiar modo de vida.

Hay otro rasgo de la naturaleza humana que revela particularmente el carácter social del hombre: la necesidad de relacionarse con los demás, de huir de la soledad. Sentirse irremediamente solo conduce a la desintegración mental, como el hambre conduce a la muerte. No es contacto físico lo que exige esa necesidad de relación. Un hombre puede estar solo físicamente durante años, pero a la vez vinculado a ideas, valores o normas sociales que le

---

(3) Véase la nota precedente. De E. FROMM, *cfr. Fear of Freedom*, Londres, 1963 (reimpresión). Citamos, asimismo «Boga de la Sociología psicológica», págs. 169 y siguientes de *La teoría sociológica*, por N. S. TIMASHEFF, trad. esp., Méjico, 1965, 3.<sup>a</sup> edición. Cfr., también, D. KRECH, R. S. CRUTCHFIELD y E. L. BALLACHEY: *Psicología social*, trad. esp., Madrid, 1965. Mención especial merece la magna obra de GORDON W. ALLPORT: *La personalidad*, trad. esp., Barcelona, 1966; y la de K. MANNHEIM: *Ensayos sobre Sociología y Psicología social*, trad. esp., Méjico, 1963.

dan un sentimiento de comunión y «pertenencia». Por el contrario, puede vivir entre las gentes y, sin embargo, sentirse abrumado por un impacto medular de soledad que degenera en esquizofrenia. Esta ausencia de vinculación a valores, símbolos, normas, es la *soledad moral*. El preso político, aislado en su celda, que se siente unido a sus camaradas, no está solo moralmente. Una razón para explicar este horror a la soledad y la urgencia del sentimiento de «pertenencia» no es tanto el hecho de que el hombre no puede vivir sin la ayuda de los demás (sobre todo en la niñez) cuanto el hecho de la «autoconciencia» por la que el hombre se percibe como individuo, diferente de la naturaleza y de los demás hombres: esta aprehensión le hace percatarse de su pequeñez y desvalimiento frente al universo y todos los demás que no son «él». Sin el sentido de «pertenencia», si su vida no tiene un significado y dirección, si no está vinculado a un sistema que imprima «razón de ser» a su vida, se verá transido de angustia insoportable. En suma, la naturaleza humana no es un haz de tendencias biológicas fijadas definitivamente. Es el producto de la evolución humana. Hay, sí, ciertos factores o instintos incambiables: la necesidad de satisfacer los impulsos biológicos y de evitar la soledad moral. El individuo ha de aceptar el modo de vida que impone el sistema económico de una sociedad dada. Su adaptación dinámica al medio trae consigo el desarrollo de tendencias poderosas que se convierten en fuerzas que moldean, a su vez, el proceso social.

## II

### EL PROCESO DE CREACIÓN DEL INDIVIDUO HUMANO

La historia del hombre como individuo comenzó al emerger de un estado de unidad con el mundo natural y tomar conciencia de sí mismo como entidad separada del contorno y de los demás hombres. Pero esta percepción permaneció muy oscura durante largos períodos. El individuo continuó íntimamente ligado al mundo natural y social del que había emergido. El proceso de separación de los vínculos originarios (proceso de *individuación*) parece haber alcanzado su cenit en la historia moderna a partir de la reforma protestante. En la historia biológica del individuo humano descubrimos el mismo proceso. El niño (4) nace cuando deja de ser una misma cosa con su madre y se convierte en una entidad biológicamente separada de ella. Sin embargo,

---

(4) Cfr. J. PIAGET: «Problemas de la Psicología de la infancia», págs. 265 y siguientes del *Tratado de Sociología*, citado en la nota 2.

el niño sigue siendo «funcionalmente» una misma cosa con ella durante años. Los «vínculos primarios» son los que unen al infante con su madre, al primitivo con su tribu, al hombre medieval con su casta social. Cuando se lleva a cabo la liberación de estos lazos, el hombre se enfrenta con otra tarea: hallar seguridad por otros medios distintos de los vigentes en su existencia preindividual. Como queda dicho, el niño, en sentido funcional, sigue siendo parte de su madre. Sin embargo, lentamente comienza a considerar a ésta y a los demás objetos como entidades separadas de él. Pasarán algunos meses, a partir del nacimiento, antes de que el niño perciba a otras personas como tales (percepción que se revela en la primera sonrisa) y sólo años más tarde se percata de su distinción frente al resto del universo. Hasta entonces el niño vive la etapa egocéntrica propia de la infancia, en la que los demás no son percibidos como separados de él. Los padres no aparecen como entidades distintas, forman parte del universo del niño. Cuanto más se desarrolla éste, cuanto más se van cortando los «vínculos primarios», tanto más se intensifica la exigencia de libertad e independencia, el desarrollo del «yo». La historia de la sociedad es también un proceso de creciente individuación. La Humanidad emerge del estadio prehumano cuando da los primeros pasos hacia la liberación de los instintos «coercitivos». El hombre no nace equipado para la acción como el animal (cuyas acciones están automáticamente reguladas). Pero justamente este desamparo del hombre es la base de que brota el desarrollo humano: la debilidad biológica es la condición de la cultura (5). Desde el comienzo de su existencia el hombre se enfrenta con la necesidad de elegir entre diversos tipos de acción. En el animal hay una cadena ininterrumpida de reacciones que se inician con un estímulo (por ejemplo, el hambre) y terminan con un curso de acción más o menos determinado que pone fin a la tensión creada por el estímulo. El hombre en vez de una acción instintiva predeterminada ha de pesar posibles cursos de acción en su mente: comienza a «pensar». Pasa de una adaptación puramente pasiva a la naturaleza, a dominarla. Y entonces se percata de su destino trágico (6): ser parte de la naturaleza y a la vez trascenderla. Pero el primitivo quedó vinculado en gran medida al mundo de que se liberó; continúa siendo parte de la na-

---

(5) Cfr. J. DEWEY: *Freedom and Culture*, Londres, 1940. Es especialmente elogiable el fino estudio de J. LACROIX: *Psicología del hombre de hoy*, trad. esp., Barcelona, 1966, especialmente el apartado «La Cultura», págs. 119 y sigs. Una exposición de conjunto en el *Tratado de Sociología*, dirigido por GURVITCH, citado en la nota 2, tomo II, parte séptima: «Sociología de las obras de civilización», págs. 89 y sigs.

(6) Cfr. J. LACROIX, Ob. cit. en nota 5, apartado «La Angustia», págs. 41 y siguientes. Véase, también, J. M. RUBERT Y CANDAU: *El sentido último de la vida*, Madrid, 1958.

turalidad, del suelo sobre el que vive, de la vegetación, de los animales, del grupo social al que está unido por lazos de sangre. Estos vínculos primarios bloquean su pleno desarrollo humano, el desarrollo de su razón, de su capacidad crítica, y le hacen reconocerse a sí mismo y a los demás sólo en virtud de su participación en el clan. La identidad con la naturaleza y con el grupo le da seguridad al individuo: «pertenece» a un todo en el que ocupa un lugar indiscutido. Puede sufrir hambre, pero no sufre el peor de todos los dolores: la soledad y la angustia de la duda.

De hecho, la progresiva individuación del hombre significó siempre frío aislamiento y mortales zozobras. Cada paso en la dirección de la individuación, le amenazó con una nueva inseguridad. Pero los vínculos primarios, una vez destruidos como las naves de Cortés, no pueden repararse. Sólo hay una solución acertada para restablecer las relaciones del hombre individualizado con el mundo: la solidaridad activa, el amor como afirmación apasionada de los demás (no el «amor sádico» que es capaz de darle todo a la persona amada menos el derecho a pensar y a tomar sus propias decisiones; ni el amor «masoquista» que aniquila su «yo» al sumergirse en el objeto amado). Y, sin embargo, si no se logra la realización armónica del «yo», la libertad (7) se con-

---

(7) El tema de la libertad ha sido tratado, en sus diversas perspectivas, multitud de veces. Desde el punto de vista psicoanalítico uno de los mejores estudios es, sin duda, el de E. FROMM citado en la nota 3. Un análisis de conjunto se contiene en las Actas de la Tercera Semana Española de Filosofía, *La libertad*, Madrid, 1957. Entre las monografías más sólidas y completas hemos de citar la de CH. BAY: *La estructura de la libertad*, trad. esp., Madrid, 1961. Ha estudiado el tema, en un contexto cristiano, A. ADAM: *La virtud de la libertad*, trad. esp., San Sebastián, 1961, 2.ª edición. F. A. HAYEK ha publicado la defensa más patética de la libertad desde el punto de vista del individualismo liberal en su obra *Los fundamentos de la libertad*, dos tomos; traducción española, Valencia, 1961. Es interesante recordar que este autor ha compartido el Premio Nobel de Economía en 1974 con GUNNAR MYRDAL, el cual pone de relieve, por ejemplo, en *El Estado del futuro* (trad. esp., Méjico, 1961), cómo el intervencionismo y planificación estatal, sobre todo a partir de las dos guerras mundiales, se ha convertido en una necesidad ineludible. El descrédito de las escuelas individualistas en que destacan, entre otros, WALTER LIPPMANN, VON MISES y HAYEK, se aprecia claramente en el trabajo de J. LHOMME y J. WEILLER: «Economía política y Sociología económica», págs. 393 y sigs. del *Tratado de Sociología* dirigido por GURVITCH, tomo I, 1962. Pocos han sabido analizar la problemática de la libertad como R. ARON (*Ensayo sobre las libertades*, trad. esp., Madrid, 1965), señalando a la vez los errores y peligros del totalitarismo y del liberalismo individualista. Una visión de conjunto se ofrece en las Actas de la XXIII Semana Social de España, *Socialización y libertad*, Madrid, 1965.

La polémica entre los teóricos del liberalismo y el intervencionismo estatal no se ha acallado. Sería pretensión vana intentar ofrecer una relación de las producciones que han aparecido con una u otra orientación. Indicaremos sólo algunas: M. FRIEDMAN: *Capitalismo y libertad*, trad. esp., Madrid, 1966; K. MANNHEIM: *Libertad, poder y planifica-*

vierte en una carga insoportable y sobreviene la búsqueda de «mecanismos de evasión», la huida del «yo», la aparición del «autómata», del hombre-masa, el horrible monstruo que nuestra época ha dado a luz.

### III

#### EL ADIÓS A LA EDAD MEDIA

«Enorme y delicada». Así la definió Paul Verlaine. Antes y después de él son legión los autores —como J. Huizinga (8), Ludwig Landsberg (9), Bertrand de Jouvenel (10), Angel López-Amo (11) y todos los románticos europeos, especialmente los alemanes— que han vuelto los ojos, húmedos de nostalgia, hacia aquel mundo bañado en la luz iridiscente de la más enseñorada idealización, impulsados sobre todo (como Menéndez y Pelayo cuando abandonó la política y proyectó sus energías de titán hacia el estudio del pasado) por el asco, el horror o el menosprecio que les inspiraba el utilitarismo abyecto de la era moderna. Todos ellos han subrayado el sentido de solidaridad del hombre medieval, la subordinación de las necesidades económicas a las humanas, el carácter concreto, personal, de las relaciones vigentes, la unidad cristiana supranacional, el sentimiento de seguridad espiritual. Es cierto que no había libertad individual, pues todo hombre estaba encadenado a su papel dentro de su casta social. Las oportunidades eran mínimas para elevarse a una clase superior. La vida personal, económica y social estaba dominada por normas a las que no escapaba ninguna esfera de la actividad. Pero aunque el hombre no era libre, su alma no conocía la tortura de la soledad que hiela al hombre moderno. Tenía un puesto incuestionable en el mundo social, estaba enraizado en un todo claramente estructurado: su vida tenía un sentido. Jamás la duda hizo presa en su espíritu. La persona se identificaba con su

---

*ción democrática*, trad. esp., Méjico, 1960; J. K. GALBRAITH: *La Sociedad opulenta*, Barcelona, 1963; F. NEUMARK: *Problemas económicos y financieros del Estado intervencionista*, Madrid, 1964. El tema de la democracia y la libertad ha sido tratado con una profundidad y amplitud excepcional por A. NAESS: *Democracy, Ideology and Objectivity*, Oslo-Oxford, 1956. Una de las mejores obras sobre las clases sociales es, sin la menor duda, la de R. DAHRENDORF: *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, Madrid, 1962, en que se pone al descubierto limpiamente la falacia de las «profecías» de Marx.

(8) *El otoño de la Edad Media*, trad. esp., Madrid, 1971, 8.ª edición.

(9) *La Edad Media y nosotros*, trad. esp., Madrid, 1952.

(10) *El Poder*, trad. esp., Madrid, 1956.

(11) *La Monarquía de la Reforma social*, Madrid, 1952.

papel social: era un campesino, un artesano o un aristócrata, no un *individuo* que —incidentalmente— tenía tal función. El hombre había encontrado un puesto definido dentro del orden social y eso le procuraba una inefable sensación de seguridad, de «pertenencia». Sin embargo, aunque la sociedad brindaba al hombre seguridad, lo mantenía atado. Importa, no obstante, definir con precisión el carácter de tales «ligaduras». Los vínculos de la sociedad medieval eran distintos de los que habían de aherrar al individuo en los siglos posteriores. El medieval no privó al individuo de su libertad, porque el «individuo» todavía no existía. El hombre aún estaba vinculado al mundo por los «lazos primarios» comparables a los que unen al niño con la madre en la primera fase de la infancia. «El hombre tenía conciencia de sí mismo sólo como miembro de una raza, de un pueblo, de una familia o de una corporación», dice Jacob Burckhardt (12). Ahora bien, a fines de la Edad Media la unidad de aquel mundo se debilitó. Fue en Italia donde por primera vez el individuo se emancipó de la sociedad feudal y rompió los vínculos que le daban aquella seguridad. El hombre renacentista italiano fue el «primogénito entre los hijos de la Europa moderna», en frase del citado Burckhardt (13). Italia (por una serie de circunstancias que le dieron una posición ventajosa desde el punto de vista económico y político) produjo una poderosa clase capitalista cuyos miembros se sintieron penetrados de un espíritu inédito de iniciativa y ambición. Las clases que no comparían las riquezas y el poder habían perdido la seguridad de su esfera anterior y se habían convertido en una masa «informe» manipulada y explotada por los poderosos. El Renacimiento no fue una cultura de la pequeña burguesía, sino de aristócratas y de grandes capitalistas; fue la cultura de una clase superior situada «en la cresta de la ola levantada por la galerna de nuevas fuerzas económicas», como escribe Erich Fromm (14). Su riqueza les hizo sentirse poderosos y libres. Pero a la vez perdieron la seguridad y el sentimiento de «pertenencia» que ofrecía la estructura de la sociedad medieval. Eran más libres, pero también comenzaron a gustar las hielos del vacío y la soledad.

Todas las relaciones humanas estaban envenenadas por aquella fiera lucha a vida o muerte en la búsqueda del poder y de la riqueza. La solidaridad con los demás fue reemplazada por una actitud cínica de distanciamiento. Los demás individuos eran considerados como «objetos» para ser manipulados o despiadadamente destruidos si ello convenía a los propios fines. El individuo

---

(12) *The Civilization of the Renaissance in Italy*, Londres, 1921, pág. 129.

(13) *Ibidem*.

(14) *Fear of Freedom* (citada), pág. 39.

se sintió absorbido por un egocentrismo apasionado, por una ansia insaciable de posesión y dominio.

Este fue el ambiente en que brotaron hombres de acción como César Borgia y teóricos como Maquiavelo.

La nueva libertad les trajo a los grandes señores del Renacimiento cosas: un sentimiento de poder y a la vez de soledad, escepticismo y ansiedad que pone de relieve Dilthey en su magnífico análisis de la obra de Petrarca (15).

#### IV

##### EN LOS ALBORES DE UN NUEVO MUNDO

En la sociedad medieval la organización económica era relativamente estática. Los supuestos básicos del mundo medieval respecto a la vida económica eran dos: «Los intereses económicos están subordinados al verdadero objetivo de la vida que es la salvación, y las actividades económicas son sólo un aspecto del comportamiento personal, que ha de estar totalmente sometido a las normas de moralidad», como hace notar Tawney (16) en su obra *La religión y la aparición del capitalismo*. Sin embargo, la relativa estabilidad de la posición de los artesanos y mercaderes fue lentamente minada al final de la Edad Media hasta su colapso total en el siglo XVI. El sistema social medieval quedaba destruido y con él la estabilidad y relativa seguridad que ofrecía al individuo. Este tuvo por primera vez la emoción azorante y embriagadora de quedarse sólo: todo dependía ya de su esfuerzo, no de la seguridad que le ofrecía, en el pasado, su puesto dentro de su clase tradicional. Para las clases inferiores esta evolución fue catastrófica. Y dentro de la clase media grandes sectores empeoraron progresivamente: muchos artesanos y pequeños comerciantes tuvieron que enfrentarse con la amenaza absorbente de los monopolistas. Para muchos de ellos fue una lucha desesperada contra poderes abrumadoramente superiores. Un día, en las brumas del siglo VII a. de C., contempló, con mirada de espanto, el poeta griego Hesíodo —en su *Teogonía*— el parto monstruoso del Caos: sus hijos fueron las Tinieblas, la Noche y, en su genealogía de horrores sucesivos, la Discordia, el Tormento, el Hambre y el Dolor. En el amanecer de la Edad Moderna se adueñaron de nuestro mundo tres deidades no menos siniestras: el *capital*, el *mercado* y la *com-*

---

(15) «Weltanschauung und Analyse des Menschen seit Renaissance und Reformation», en *Gesammelte Schriften*, Leipzig, 1914, págs. 19 y sigs.

(16) *Religion and the Rise of Capitalism*, Londres, 1926, págs. 31 y sigs.

*petencia* (17), que dejaron como fruto, incluso en los más afortunados, una situación personal de inseguridad, de aislamiento y de ansiedad. El hecho de que el capital asumiera importancia decisiva significó que una fuerza *suprapersonal* determinaba su destino económico y, por tanto, su destino personal: el capital «cesó de ser un esclavo y se convirtió en amo. Asumiendo una vitalidad independiente reclamó el derecho a dictar la organización económica de acuerdo con sus exigencias implacables», según Tawney (18). La nueva función del mercado tuvo un efecto similar. El mercado medieval había sido relativamente reducido; su funcionamiento era fácil de comprender. La oferta y la demanda se establecían en una relación directa y concreta: Un productor sabía aproximadamente cuánto debía producir, y podía estar relativamente seguro de vender sus productos a un precio apropiado. Ahora había que producir para un mercado cada vez mayor y no se podía determinar de antemano las posibilidades de venta. Las leyes imprevisibles del mercado eran las que decidían si los productos se venderían y a qué precio. Otro factor importante en este contexto fue el creciente papel de la competencia. El sistema económico feudal estaba basado en el principio de la *cooperación*. Con el surgir del capitalismo este principio cedió cada vez más al de la Empresa individualista: cada individuo debía probar fortuna: nadar o hundirse. No tenía ya *aliados* en una Empresa común, sino *competidores*: el dilema era destruirlos o ser destruido. Ciertamente el papel del capital, el mercado y la competencia no fue tan importante en el siglo XVI como en los siglos posteriores. Sin embargo, todos los elementos del capitalismo moderno aparecieron ya entonces con sus efectos psicológicos sobre el individuo. El capitalismo le liberó de la reglamentación del sistema corporativo y le convirtió en dueño de su destino: suyo era el riesgo. El esfuerzo individual podía conducirle al éxito y a la independencia económica. Pero la nueva libertad que se le ofrecía comenzó pronto a destilar su veneno. El individuo corta los vínculos con que le ataba la sociedad medieval y gana en independencia. Pero a la vez pierde la antigua seguridad y el sentido de «pertenencia». La vida ha cesado de ser vivida en un mundo cerrado: el mundo se ha vuelto ilimitado y a la vez amenazador. La sensación de vacío, el vértigo de los abismos y la soledad que acecha al astronauta tentaron entonces por primera vez al ser humano. Comienza a desdibujarse ante sus ojos el sentido de la vida: y en el horizonte emergen amenazadoras poderosas fuerzas suprapersonales: el capital, el mercado y la competencia. Sus relaciones con los demás, al ver en cada

---

(17) Véase un claro análisis de estos puntos en E. FROMM: *Fear of Freedom* (citada), págs. 50 y sigs.

(18) Obra citada en la nota 16, pág. 86.

uno un competidor en potencia, se han vuelto hostiles y extrañas. El individuo está solo, ha perdido el sentido de unidad con los demás y a la vez se ve abrumado por una sensación de impotencia y desamparo.

## V

## INTERPRETACIÓN SOCIOLOGICA DEL PROTESTANTISMO

Una conmoción desusada estremeció al mundo europeo cuando lanzaron el grito de rebeldía estos dos hombres: Lutero y Calvino (19). Sus enseñanzas envolvían un mensaje, una llamada de irresistible seducción para la clase media urbana. Porque esta clase vio retratada su propia alma en aquellas enseñanzas. Lutero y Calvino supieron expresar con misteriosa hondura los sentimientos que hervían en la entraña de la clase media, oscuros sentimientos de ansiedad, de terror, de impotencia e incertidumbre ante la amenaza del capitalismo naciente. La irrupción del nuevo orden (que había sacudido como un vendaval las estructuras económicas tradicionales) apareció a sus ojos como algo fatal, paralizador, que ponía en peligro su propia existencia como clase social. Y el protestantismo exacerbó esos sentimientos a la vez que ofrecía soluciones que capacitaban al individuo para hacer frente a su inseguridad insostenible. El sistema de Lutero tiene dos aspectos, uno de los cuales ha sido resaltado más que el otro en el cuadro de sus doctrinas que suele darse en los países protestantes, es decir, que otorgó al hombre la independencia en materias religiosas, que privó a la Iglesia de su autoridad y la dio al individuo, que su concepto de la fe y la salvación se concreta en una experiencia individual subjetiva en que toda la responsabilidad se deposita en el individuo. (Estas doctrinas han influido sin duda en la evolución de la libertad política y psicológica de la sociedad moderna). El otro aspecto es su énfasis sobre la fundamental maldad y debilidad del ser humano. Lutero fue un hombre desgarrado por la ansiedad y la duda y a la vez por un ardiente deseo de certeza. En 1518 creyó hallar la respuesta a sus congojas: el hombre puede encontrar la certeza de su salvación si tiene fe; una vez que alcanza la experiencia subjetiva de la fe, obtiene la seguridad de su salvación. Esta doctrina puede aparecer como una contradicción extrema con el intenso sentimiento de duda característico de su personalidad y de sus enseñanzas hasta 1518. Pero, psicológicamente, el cambio de la vacilación a la certeza lejos de ser una contradicción, tiene una relación causal.

---

(19) Para este tema remitimos especialmente al capítulo III de la Ob. cit. de E. FROMM, especialmente págs. 53 y sigs.

*La tragedia psicológica de la clase media*

El viejo orden se había quebrantado: el individuo había perdido la seguridad de la certeza y se veía amenazado por nuevas fuerzas económicas, por los monopolios y los grandes capitalistas. El principio corporativo había sido reemplazado por el de la competencia. Sin embargo (he aquí su tragedia), la clase media estaba vitalmente interesada en el mantenimiento del orden social. Por eso se mostró enemiga de las tendencias revolucionarias del elemento proletario que miraba a destruir no sólo los privilegios de la aristocracia, de la Iglesia y de los grandes capitalistas, sino también los pequeños privilegios que aún conservaba la clase media a pesar de su situación crítica. La posición de esta clase entre el gran capitalismo y el sector proletario imprimió a sus reacciones un carácter complejo y contradictorio en muchos aspectos. Quería mantener el orden vigente y, sin embargo, se veía radicalmente amenazada por el capitalismo creciente. El lujo de la clase superior exacerbaba sus sentimientos de impotencia y a la vez de envidia e indignación. El cuadro del hombre que traza Lutero en términos religiosos describe en realidad la situación del individuo inmerso en la vorágine de aquel cambio social y económico. El miembro de la clase media se sentía tan débil frente a las nuevas fuerzas económicas como, según Lutero, lo estaba el hombre ante Dios. Esa situación provocó las reacciones contradictorias que se reflejan en la actitud ambivalente de Lutero hacia el poder constituido. Luchó contra la autoridad de la Iglesia y, sin embargo, exigió una sumisión enérgica a las autoridades seculares (los príncipes alemanes). El espíritu autoritario de Lutero aparece en su odio y desprecio a las masas desvalidas, la «plebe», especialmente cuando mostraron intentos revolucionarios. De ahí que escriba contra ellas: «Despedazadlas, aniquiladlas, pues nada hay más venenoso ni diabólico que un rebelde: matarlo es como matar a un perro rabioso» (20). La actitud de Lutero hacia las autoridades seculares está íntimamente relacionada con sus enseñanzas religiosas, que han tenido en la historia posterior de la Europa moderna una influencia incalculable. Al hacer sentirse al individuo indigno e insignificante en cuanto a sus méritos, le vació de confianza en sí mismo y del sentimiento de dignidad humana, que es el presupuesto necesario para enfrentarse a toda opresión autoritaria.

---

(20) *Works of Martin Luther*, trad. ingl., Filadelfia, 1931, vol. X, IV, pág. 411.

## VI

## CAMINOS DECISIVOS

Uno de los principios básicos del calvinismo es su doctrina de la predestinación. Dios destina a unos hombres a la salvación y a otros a la condenación con el solo fin de demostrar su poder sin límites. Jamás doctrina alguna expresó con más brutal crudeza la debilidad del esfuerzo humano. La decisión sobre el destino del hombre es arrebatada totalmente de sus manos; el hombre nada puede hacer para cambiar esta decisión. Por otra parte, esta doctrina quiere también acallar la duda irracional. Pues Calvino y sus seguidores tenían la convicción fanática de que pertenecían a los elegidos: nada podía poner en peligro su salvación ya que ésta no depende de las propias obras.

La teoría calvinista de la predestinación tiene una implicación que ha revivido en la ideología nazi y en todos los racismos: el principio de la desigualdad fundamental de los hombres. Para Calvino hay dos clases de seres humanos: los destinados a la salvación y los destinados a la condenación. Dado que los hombres no pueden cambiar ese destino, su igualdad queda negada de raíz. Los hombres son creados desiguales. No puede haber solidaridad entre ellos, pues se niega el factor más importante de la solidaridad humana: la igualdad de destino. Otro aspecto fundamental es su énfasis sobre el esfuerzo humano. No es que el individuo pueda cambiar su destino con sus obras, sino que el simple hecho de que sea capaz de esforzarse es señal de que pertenece a los elegidos: lo decisivo es el esfuerzo incesante, febril, enloquecido; sobre todo la idea de que el éxito en este mundo es una señal de salvación.

Max Weber (21) puso de relieve que este punto es uno de los eslabones indiscutibles entre la doctrina de Calvino y el espíritu del capitalismo. Esta idea tiene un significado psicológico excepcional. El énfasis en el esfuerzo incesante parece una contradicción con la doctrina de que las obras humanas nada valen para la salvación eterna. Sería más lógica la actitud fatalista de abandono, apatía y parálisis total. Pero la reflexión psicológica prueba que no es así. El estado de ansiedad, el sentimiento de impotencia y, sobre todo, la duda sobre el destino de ultratumba representan una tensión anímica prácticamente insostenible. Un camino para evadirse de esa incertidumbre es el despliegue de una actividad frenética. El hecho de lanzarse a un trabajo ince-

---

(21) *The Protestant Ethic and The Spirit of Capitalism*, Londres, 1930.

ante y de obtener éxito en sus esfuerzos es una señal de predilección divina. El carácter irracional de este esfuerzo está en que se le imprime un simbolismo profético de algo que ya está determinado de antemano (mecanismo que es un rasgo bien conocido en los neuróticos compulsivos).

Esta nueva actitud hacia el esfuerzo y el trabajo es el cambio psicológico más impresionante que experimentó el hombre desde la Edad Media. En toda sociedad el trabajo es un requisito para vivir. Y así, por ejemplo, en la Edad Media el hombre empleó su esfuerzo en respuesta a una exigencia concreta: ganarse la subsistencia. No se sentía necesidad de consumir más energías que las indispensables para mantener el nivel tradicional de vida. La novedad en el mundo moderno fue que los hombres se vieron impulsados al trabajo por presión interior. La compulsión interna resultó infinitamente más eficaz para el despliegue de todas las energías en el trabajo que cualquier coacción exterior. No cabe duda: el capitalismo no se hubiese desarrollado si la mayor parte de las potencialidades del hombre no se hubieran canalizado en la dirección del trabajo. No hay otro período de la historia en que los hombres libres hayan volcado hasta tal punto sus sudores en una sola finalidad: el trabajo. El impulso hacia el quehacer incesante fue una de las fuerzas gigantesca fundamentales no menos importante para el desarrollo del moderno sistema industrial que el vapor, la electricidad o el átomo.

## VII

### EL RESENTIMIENTO COMO FUERZA HISTÓRICA

Además del sentimiento de ansiedad y de impotencia que invadió la personalidad de la clase media ante la amenaza del capitalismo hay otro rasgo en su carácter digno de notar: la hostilidad y el resentimiento. Que la clase media desplegó una acerba hostilidad no es sorprendente. Al ver en peligro su propia existencia por el capitalismo absorbente, reacciona lógicamente con hostilidad. Otro factor que aumentó su encono fue el lujo y poderío del pequeño grupo de los grandes capitalistas. Una intensa envidia contra ellos fue, en la clase que estudiamos, un resultado perfectamente natural. Pero a la vez que la envidia y el resentimiento devoraba su alma, los miembros de la clase media no podían hallar la expresión directa que era posible a las clases inferiores: éstas odiaban a los ricos, que los explotaban, y querían derrocar su poder, y así podían dar satisfacción manifiesta a su odio. Pero la clase media era esencialmente conservadora: estabilizar la sociedad, no destruirla, es uno de los puntos claves de su *Weltanschauung*. La hostilidad, por tanto, no

podía ser expresada *abiertamente* ni ser sentida *conscientemente*. Tenía que ser *reprimida*. Pero la *represión* de la hostilidad sólo la desplaza de la «conciencia», no la elimina. Más aún, esta hostilidad al no hallar una expresión directa, aumenta hasta el punto de que invade y envenena toda la personalidad en sus relaciones con los demás y consigo mismo, pero bajo *formas racionalizadas y disfrazadas*. (Experimentos psicológicos que recoge Christian Bay en su obra *Estructura de la libertad* (22) hacen ver que los niños educados en hogares norteamericanos por padres excesivamente autoritarios son los que luego muestran más odio hacia los negros: la hostilidad que en un principio iba dirigida contra sus padres ha sido *reprimida*, pero al fin halla como alimento la intolerancia racial). Lutero y Calvino son un modelo de esta hostilidad que todo lo invade. No sólo en el sentido de que estos dos hombres ocupan un puesto en la galería de las grandes figuras históricas más poseídas de odio (al lado del Tiberio de Marañón y del Hitler de Erich Fromm), sino en el sentido de que sus doctrinas están coloreadas de esta hostilidad y podían apelar sólo a una clase que estuviera ella misma llena de intenso resentimiento.

Nunca podré olvidar las páginas en que M. Pelayo (23) comentaba la conducta de Calvino con Miguel Servet a quien el déspota de Ginebra condenó a la hoguera: Calvino, después de refutar con innegable ingenio los errores teológicos de Servet, se detiene a describir los últimos momentos de su víctima destilando un odio infrahumano que aún hoy nos horripila. Se complacía en resaltar con sádico placer, y más a sangre fría, los gritos de dolor de un hombre quemado vivo, y aún es capaz de desatarse en insultos contra él llamándole «perro» y «malvado». «Jamás he conocido —concluye M. Pelayo— mayor vileza y pequeñez de alma».

En resumen: la caída del sistema medieval de sociedad feudal trajo consigo que el individuo se sintiese solo y aislado. Era libre, pero esta libertad tuvo un doble resultado. El hombre se vio privado de la seguridad que había gozado, del sentido de «pertenencia», y se vio arrancado del mundo que había satisfecho sus ansias de seguridad económica y espiritual. El capitalismo naciente favoreció la independencia e iniciativa de la clase media, pero constituyó a la vez una gran amenaza. La libertad provocó el aislamiento y acentuó la insignificancia personal más que su fuerza y su confianza; por otra parte envenenó a la clase media de un resentimiento corrosivo ante el lujo y el poderío de la clase superior. El protestantismo dio expresión a estos

(22) *La estructura de la libertad* (citada en la nota 7), págs. 233 y sigs.

(23) *Historia de España*, de M. Y PELAYO (seleccionada por J. VICÓN), Madrid, 1941, páginas 180 y sigs.

sentimientos de impotencia y encono. Racionalizó su actitud. Pero también le mostró un camino para hacer frente a su ansiedad: aceptando su desamparo y la maldad de su naturaleza, llegando a la mayor autohumillación y al esfuerzo y trabajo frenético como medio para sobreponerse a su duda y ansiedad.

El protestantismo fue la respuesta a las necesidades humanas del individuo aterrado, desentraizado y solitario que había de orientarse en un mundo nuevo. El carácter insólito del hombre, resultante de los cambios económicos y sociales e intensificado por esas doctrinas religiosas, se convirtió, a su vez, en un factor importante en la creación de un desarrollo ulterior social y económico. Las cualidades enraizadas en ese carácter (afán de trabajo, austeridad, facilidad en convertirse a sí mismo en instrumento de un poder exterior o de fines extraños) fueron las fuerzas productivas en la sociedad capitalista, sin las cuales la evolución del mundo moderno es incomprensible.

ISIDORO MUÑOZ VALLE

#### R É S U M É

*La disparition du système médiéval de société féodale eut pour conséquence que l'individu se soit senti seul et isolé. Il était libre, mais en échange de cette liberté il s'est vu privé de la sécurité dont il bénéficiait, du sens de son "appartenance", du monde qu'il avait connu jusque-là et qui avait satisfait ses besoins de sécurité économique et spirituelle. Le capitalisme naissant a favorisé l'indépendance et l'initiative de la classe moyenne, mais a représenté également une grande menace. La liberté a provoqué l'isolement et a accentué l'insignifiance personnelle plus que la force et la confiance; d'autre part elle a inoculé à la classe moyenne une rancœur corrosive envers le luxe et la puissance de la classe supérieure. Le protestantisme a canalisé ces sentiments d'impuissance et d'irritation, en rationalisant son attitude. Mais il lui a aussi montré le moyen de faire face à son anxiété, en lui faisant accepter son désarroi et le caractère négatif de sa nature, arrivant ainsi à une extrême auto-humiliation et à un désir d'effort et de travail frénétique, en tant que moyen de dominer ses doutes et son anxiété.*

*Le protestantisme a été la réponse aux besoins de l'homme apeuré, déraciné et solitaire, qui devait trouver un nouveau chemin dans un nouveau monde. Le caractère insolite de l'homme, consécutif aux changements économiques et sociaux et intensifié par ces doctrines religieuses, s'est converti en-*

*un facteur important de création d'un ultérieur développement social et économique. Les qualités inhérentes à ce facteur (travail acharné, austérité, propension à se transformer en instrument d'un pouvoir extérieur) sont devenues les forces productives de la société capitaliste, sans lesquelles l'évolution du monde moderne est incompréhensible.*

#### S U M M A R Y

*The fall of the medieval feudal society system left the individual feeling alone and isolated. He was free, but this freedom had a double result. Man found himself deprived of the security that he had enjoyed, of the feeling of "belonging", and torn from the world that had satisfied his desire for economic and spiritual security. Nascent capitalism favoured the independence and initiative of the middle class, but constituted a great threat in its turn. Liberty brought about isolation and accentuated the insignificance of the individual human being rather than his strength and self-confidence; it also poisoned the middle class with a corrosive resentment of the luxury and power of the upper class. Protestantism gave expression to these feelings of impotence and rancour. It provided the means to rationalize one's attitude. But it also showed a way to cope with anxiety; acceptance of one's helplessness and natural wickedness, extreme self-humiliation and frantic effort and hard work to overcome doubt and anxiety.*

*Protestantism was the answer to the human needs of the frightened, uprooted and solitary individual who had to get his bearings in a new world. This hitherto unheard of and different kind of man, the result of economic and social changes whose effects were enhanced by these religious doctrines, became in his turn an important factor in the institution of later social and economic development. The qualities rooted in his character (devotion to work, austerity, easy convertibility into an instrument in the hands of outside powers or in the service of extraneous ends) were the productive forces in capitalist society, without which the evolution of the modern world is incomprehensible.*